

ro mucho más notables que éstas, y salidas también del propio centro artístico, son la estatua del general Corona—para Guadalajara—la del general Pacheco, para Cuernavaca—la del general Zaragoza y las no terminadas todavía de D. Nicolás Bravo y D. Jesús González Ortega. Prueban éstas que México no tiene de acudir á estatuarios ni á fundidores extranjeros para levantar monumentos á sus grandes hombres. Doses-tátuas nos han llegado de Italia durante el año: la de Hidalgo y la de Juárez, obras ambas del escultor Orsini. Pues bien, ni una ni otra revelan que el autor sea de más mérito que nuestros estatuarios. Lejos de ello, no admiten comparación con el Bravo de Contreras, ya casi concluído, ni con el Pacheco de Guerra. La estatua de Hidalgo, erigida hace poco en Monterrey, es obra de artista norteamericano, y á juzgar por los grabados que la representan y conozco es muy inferior á las arriba mencionadas. El escultor norteamericano adolece, por lo común, de un grave mal: siempre que trata de representar, en piedra ó bronce, á algun héroe, representa á Washington. Con leves diferencias de actitud y traje, presenta invariablemente el mismo tipo.

La escultura entre nosotros es, hoy por hoy, el arte que más alicientes ofrece, el que produce más, gracias á la protección del Estado. Escultores y arquitectos medran algo. Se han construído teatros como el de San Luis y el de Guanajuato. Se han levantado monumentos á los grandes hombres. En cambio, la pintura, el arte que más devotos tiene, el llamado

á florecer más en nuestra tierra, por especiales condiciones de raza y situación geográfica, se arrastra penosamente, todavía buscando el amparo de la Iglesia. Con lo único con que se lucra es con hacer retratos. La pintura de paisaje está notablemente adelantada; pero la histórica, la de género y aun la decorativa, no hallan estímulo de ninguna especie.

Uno de nuestros pintores más inspirados y de mejores dotes para llevar á cima empresas arduas, es Izaguirre. Mas, ¿á qué producir si no ha de obtenerse recompensa? Esta triste convicción inspiró tal vez al joven Izaguirre la expresión hondamente descorazonada de su *Werther*.

Pasamos, sin embargo, por un período de acelerada transformación, y no está remoto, á lo que conceptúo, un gran florecimiento de las artes. Este aparece en la cumbre de las civilizaciones. En lo más alto de las montañas hállanse las nieves. En lo más encumbrado de la civilización brota la flor, esplende el arte.

No quiero ni puedo renunciar á esa esperanza en un bien próximo. La mañana está muy hermosa. Acabamos de conversar, mientras recorriamos la calzada, de seres queridos y de cosas buenas. ¿Por qué no creer? ¿Por qué no esperar? ¿Por qué no amar?

Quede la pluma en el tintero, esto es, en la sombra, en el silencio. Y haga una revista artística el que pueda hacerla. No seré yo el que acometa tal empresa. Ya entra el día, llega el trabajo, la faena apremia. Esperad á que nazca nueva aurora. Esa será la del arte victorioso.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

SITIOS POÉTICOS DEL VALLE DEL BRAVO.

La Huerta.

Selva feraz de plátanos süaves,
Umbráculo y amor de los cafetos
Que posan corvos en los verdes setos
La frente ornada de corimbo graves;

Mansión de hadas, nido de las aves,
Donde á la viola arrancan indiscretos
Su fragancia los céfiro inquietos
Por desparcirla en las sombrosas naves:

Bajo el sol tropical, de peña en peña
Viene el río en poético desmayo
Dando á las auras la flotante greña;

Y su mechón el índico papayo
Tremola en el zafir, á fuer de enseña,
Sin miedo al Norte, sin temor al rayo.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

(R.)

El Cerro del Calvario.

Vese una loma enfrente del ejido
Que el blando influjo del Abril enerva,
Y donde en vano la cansada cierva
Busca el raudal y pasto humedecido.

No hay un arbusto donde cuelgue el nido
De avejillas la gárrula caterva;
Ni un matorral, ni un tronco, ni una hierba
Donde module el céfiro un gemido.

Ruinosa, obscura, sepulcral ermita,
Corona enhiesta la caliza cumbre
Donde soberbio el vendaval se agita.

De esqueletos horrible muchedumbre,
Es fama, que de allí se precipita
El sol hermoso al esconder su lumbre.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

(R.)